(CUATRO PLIEGOS).



HISTORIA

DE ALADINO,

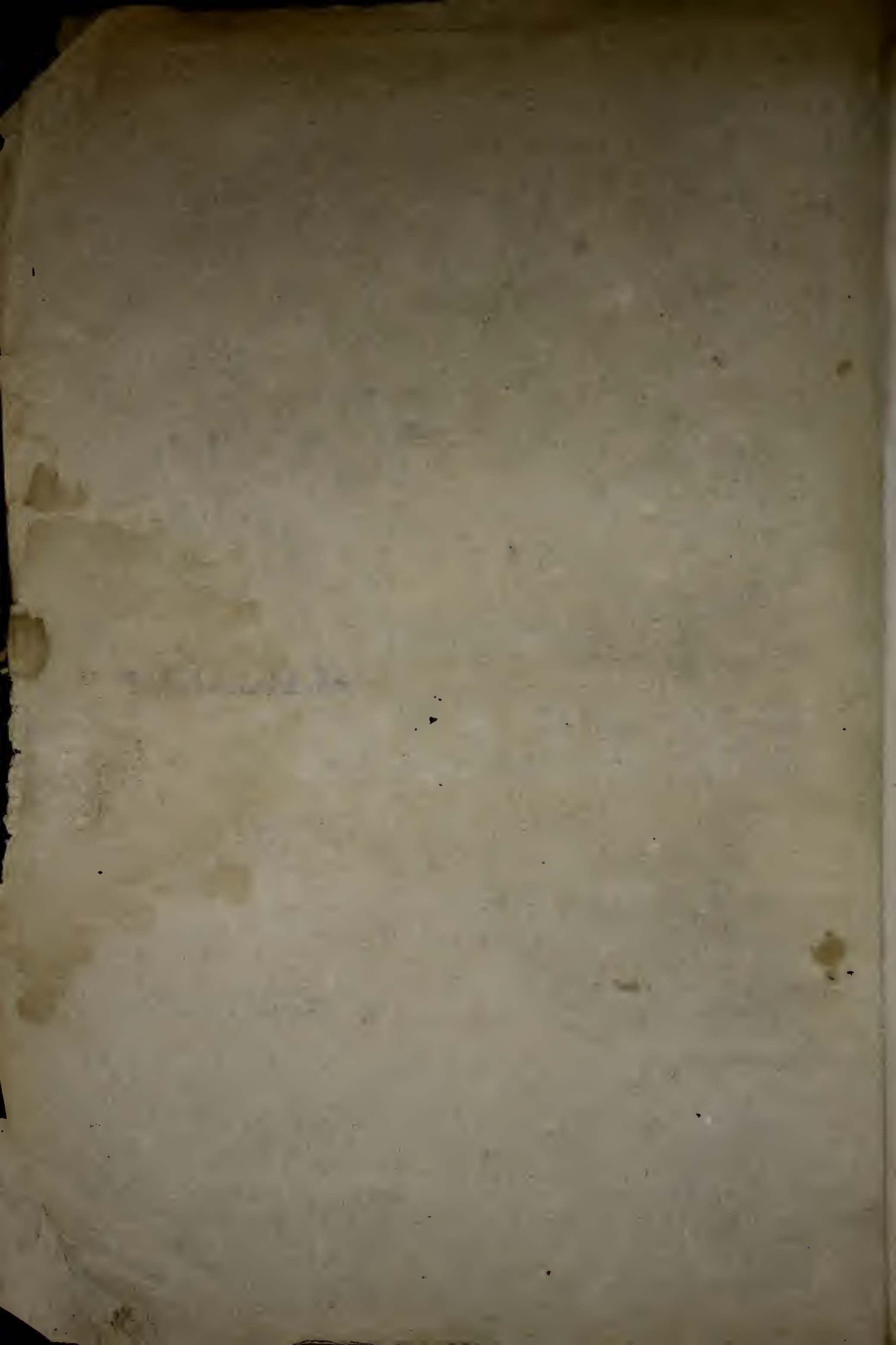
ó

LA LÁMPARA MARAVILLOSA.



MADRID.—1881.

Despacho al por mayor, Juanelo, 19. | Despacho al por menor, Duque de Alba, 9.



HISTORIA
DE ALADINO,
ó
LA LAMPARA MARAVILLOSA.

CAPITULO PRIMERO.

Ocupacion de Aladino al lado de su madre.—Su amor á la ociosidad.—Encuentro que tuvo con el mago africano, y lo que le sucedió con este.

En la capital del gran imperio de la China existia un sastre llamado Mustafá, casado con una simple tejedora de algodon, á quien amaba tiernamente; de este matrimonio nació un bello niño, á quien pusiéron el nombre de Aladino; como no tuvieran mas hijos, criaron y educaron á su único con todo el esmero y cuidado de que eran susceptibles sus escasas facultades, pues á pesar de que el sastre y su esposa eran laboriosos, jamás pudieron salir de la pobreza á que les habia conducido el destino. Aladino, educado por el escesivo mimo de sus padres se hizo holgazan y voluntarioso; y cuando ya se hallaba en edad de poder emprender alguna carrera ó aprender algun oficio, no quiso hacerlo, á pesar de los buenos consejos de sus padres, que diariamente le hacian patente el miserable estado á que se veria reducido el dia que se viese

huérfano: el jóven Aladino, confiado en el escesivo cariño de sus padres, y en que no le habian de castigar, no hacia el menor caso de las reflexiones continuadas ni de los reiterados consejos; y cada vez mas embriagado en el juego y la holganza, apenas parecia en el hogar paterno, á no ser á las horas de comer y acostarse: todo lo demas del dia lo pasaba en juegos y diversiones, en union de otros muchachos de su edad y de sus tendencias á la ociosidad y á la holganza. En cambio de estos punibles defectos, tenia Aladino un carácter amable, aunque travieso: era sagaz, reservado, pertinaz y perseverante en todo cuanto intentaba; su fisonomía era noble y magestuosa, y todo él formaba un conjunto gracioso, que le constituia en un ser apreciable, en cuyo rostro se miraba cierta espresion que indicaba que un dia llegaria á ser grande. Diez y seis años habia cumplido nuestro héroe, y aun no sabia ningun arte ni oficio, como si esperára algun gran mayorazgo con que poder soportar la regalada vida á que hasta entonces estaba acostumbrado: aun no habia cumplido diez y siete años, cuando un triste contratiempo vino á turbar por algunos dias sus bulliciosas ocupaciones y contínuos juegos; su padre cayó enfermo de gravedad, y á los tres dias de padecimientos, sucumbió, dando el adios postrero á su esposa é hijo, que rodeaban el lecho mortuorio. Aladino lloró amargamente la muerte del padre que tanto le habia amado; pero poco á poco fué olvidándosele, y á los dos meses se hallaba bastante consolado para volver á emprender la vida juguetona y apetecible que tanto le habia agradado hasta aquella época; en vano su madre reprendia su indolencia y ociosidad á cada instante; en vano le pintaba con los colores mas vivos el miserable estado á que habian quedado reducidos con la muerte de su padre; en vano, en fin, eran todas las reflexiones, todos los consejos. Aladino, perseverante en su marcha, no hacia otra cosa que pasearse y divertirse á sus anchas. Su pobre madre trabajaba incesantemente para sostenerle, y él la correspondia con caricias, pero nunca con intentar ganar un solo maravedí con que ayudar á sostener la casa.

En uno de los dias en que Aladino se entretenia con sus amigos en los juegos de costumbre, reparó que un estrangero le miraba con demasiada atencion; pero el huérfano, como que no lo conocia, continuó en su diversion, sin hacer gran caso de las fijas y curiosas miradas del estrangero: este, parado á la puerta de un comercio con quien tenia relaciones, pidió informes al comerciante acerca de aquel jóven que tanto le habia chocado desde que le viera, y el dueño del establecimiento se los dió tan cumplidos como los deseaba, manifestándole de quién era hijo, su ocupacion y el estado de orfandad en que se veia por haber muerto su padre hacia tres meses. Cerciorado el es-

trangero de todo, siguió á Aladino que se dirigia á su casa, y tan luego como observó que estaba solo, apresuró el paso llamándole por su nombre. Aladino se detuvo al oir nombrarse; ¡pero cuál fué su asombro cuando vió que el estrangero le abrazaba cariñosamente llamándole su querido sobrino! El jóven apenas sabia qué contestar, pues jamás habia oido decir á sus padres que tuviese tio alguno; pero el estrangero le sacó de aquella perplegidad diciéndole: No estrañes ¡oh mi querido sobrino! el acceso de alegría que embarga todas mis potencias en este instante: sabe, pues, que hace muchos meses que recorro el mundo en busca de tu padre, á quien hace mas de cuarenta años que no veo; y el viejo estrangero llevó á sus ojos un riquísimo pañuelo como para enjugar el llanto que parecia acompañar con algunos sollozos. Aladino se estremeció con aquella escena que le hacia recordar á su cariñoso padre, y el anciano continuó: Sí, hijo mio; tu padre, el honrado Mustafá, era mi querido hermano, de cuyo lado me separé para seguir el comercio, en el que he podido hacer una regular fortuna; y cuando esperaba volverle á abrazar y partir con él el fruto de mis fatigas, me hallo con la desconsoladora nueva de que ha muerto; ¡pobre hermano mio! Y el viejo estrangero tornó á enjugar las lágrimas que parecia brotaban sus desencajados ojos, como un torrente que queria inundar la ciudad. Tan luego como te ví, me sentí inspirado de la mas halagüeña esperanza; pues tus facciones, tu modo de mirar, todo tu continente, al fin, te hace ser un vivo retrato de tu padre; y esta semejanza me obligó á preguntar quién eras á un comerciante á quien vengo recomendado desde Africa, en cuyo pais he estado desde que me separé de tu padre: el comerciante, continuó el estrangero, me ha informado de todo lo ocurrido, y he aqui la causa, ¡oh mi querido sobrino! de este acceso de contrarios afectos que esperimento al abrazarte; tristeza y desesperacion por la muerte de mi querido hermano; júbilo y regocijo por haber hallado en tí á su hijo, que eres un parecido retrato de lo que era él á tu edad. Efectivamente, Aladino se asemejaba mucho á su difunto padre respecto á fisonomía, aunque no le parecia en nada respecto á ser trabajador y juicioso: el huérfano devolvia las caricias al africano, sin el menor género de duda acerca del cercano parentesco que con él le unia, pues que se echaba la cuenta de que, qué interés podia tener en llamarse su tio, qué podia esperar de una familia oscura y pobre hasta lo infinito. Estas reflexiones agolpadas préviamente á la imaginacion de Aladino, le convencieron que aquel estrangero no podia ni tenia el menor interés en engañarle; y esta confianza, al parecer justa y racional, obligó á Aladino á hacerse las ilusiones mas gratas respecto á un pariente que le proporcionaba la suerte, y que podia fa-

vorecerle y auxiliarle, pues demostraba ser rico. El africano suplicó á Aladino le condujese á donde se hallaba su madre, á quien deseaba conocer y abrazar como á esposa de un hermano querido: el huérfano tomó del brazo al estrangero y le condujo hasta su misma casa; así que entraron en ella, relacionó Aladino á su madre cuanto le habia ocurrido con el pariente que la presentaba, y aunque Rabeca, que así se llamaba la madre de Aladino, ignoraba que su difunto esposo tuviese mas hermanos que uno, que segun le habia oido decir habia muerto hacia muchos años, no por eso dejó de abrazar al africano, creyendo de buena fé que seria el hermano de su consorte, cuya muerte habria sido falsa ó fingida por alguna carta ó noticias mal adquiridas: el estrangero por su parte renovó el llanto y los sollozos, y esta estremada afliccion hizo persuadir mas y mas á la madre de Aladino que tenia en su casa nada menos que al único hermano de su difunto esposo. Serenados un tanto de las emociones que son consiguientes en tales casos, Rabeca quiso disculparse con su improvisado cuñado, y de no poderle obsequiar cual merecia y deseaba, por carecer de facultades para poderlo verificar. Sé cómo os hallais, replicó el estrangero; y yo tengo la mas grande satisfaccion en que desde hoy para siempre cesan vuestras necesidades y privaciones; y sacando de su jaique un hermoso bolsillo de seda repleto de monedas de oro, dió unas cuantas á Rabeca para que preparase la cena y fuese haciendo el gasto algunos dias. La madre de Aladino salió presurosamente de su casa, y se dirigió á la primera fonda de la ciudad, de donde se proveyó con abundancia de cuantos manjares juzgaba mas delicados para obsequiar á su generoso cuñado. Vuelta á su casa, preparó la mesa con el mayor aseo que la fué posible, y sentados los tres en su torno cenaron opíparamente, conversando al mismo tiempo acerca de las virtudes de Mustafá; de los motivos que hubo para separarse los dos hermanos; de los largos viajes del africano, y de lo parecido que era Aladino á su difunto padre. Rabeca contó á su cuñado lo poco aficionado que era Aladino al trabajo, ni á dirigir ni tomar ninguna clase de arte ú oficio; defecto que reprendió suavemente el estrangero, manifestando á su presunto sobrino lo mucho que le agradaria el que abrazase cualquiera carrera, dándole á elegir la que mas le acomodára, y asegurándole que no omitiria gasto ni diligencia alguna por complacerle.

Aladino, viendo tan dispuesto á su tio á hacerle feliz y complacerle en todo, le manifestó, despues de darle las mas espresivas gracias, que su mayor inclinacion era al comercio; eleccion que agradó sobremanera al africano, prometiendo á Aladino que en breves dias le estableceria con un gran surtido de toda clase de gé-

eros: en estas amistosas y lisongeras pláticas llegó la hora de despedirse el improvisado pariente, y se dirigió á la posada, hasta cuya puerta le acompañó Aladino, quedando muy satisfecho y esperanzado en las promesas de su tio, que le prometió ir á buscar á la hora del almuerzo. Al siguiente dia, y despues de haber almorzado opíparamente, salieron tio y sobrino con direccion á los comercios y prenderías mas notables de la ciudad; en ellas escogió Aladino el trage mas lindo que le pareció, que él se puso inmediatamente trocándole por el suyo, que á la verdad no era muy decente; y de este modo se volvieron á ver á Rabeca, que al mirar á su hijo trasformado en caballero, no pudo menos de lanzar un agudo grito causado por la alegría y sorpresa. El africano no parecia estar satisfecho con todos los obsequios que tributaba á su cuñada y sobrino, y como si todo le pareciese poco, en cortos dias le hizo disfrutar de cuantos goces y diversiones ofrece la gran capital del celeste imperio. Con esta esplendidez logró el africano captarse la voluntad de Aladino y su madre, y desde luego uno y otro hicieron la mayor confianza de un hombre cuya generosidad les habia sacado de la miseria en que yacian.

Como que hasta ahora ignora el lector quién fuese el africano que tanto protegia á la familia del sastre Mustafá, satisfaremos su curiosidad en esta parte. En los antiguos tiempos en que sucedieron los casos que se pintarán en esta historieta, la clase mas instruida de la region africana, se aplicaba con asiduidez á la mágia y nigromancia, llegando por sus cábalas, pactos con los génios diabólicos, y trato con los séres infernales, á ser cada nigromántico un semi-dios, á quien adoraban y temian todas las demas clases de la sociedad. El estrangero de quien vamos hablando, era uno de los sábios magos que tenia el Africa; y por la virtud de un anillo que llevaba en el dedo corazon de su mano derecha, llegó á saber que en un monte contiguo á la capital de la China, habia un subterráneo en el que existia una lámpara tan maravillosa, que por su influjo podria llegar cualquier mortal á ser el mas rico y poderoso de toda la tierra; pero el mismo génio esclavo del anillo, manifestó al mago africano, que para lograr aquella lámpara, era preciso se valiera de una segunda persona que la sacase del subterráneo, pues que á él no le era permitido sacarla sin el inevitable riesgo de morir al tocarla. Contento sobremanera el ambicioso mago con el maravilloso descubrimiento que acababa de hacer, se embarcó inmediatamente para la China, á la que llegó despues de algunos meses de navegacion; tan luego como entró en la capital del grande imperio, se dedicó á buscar un jóven que pudiera estraer del subterráneo la maravillosa lámpara que debia hacerle el hombre mas poderoso del

universo; y despues de haber recorrido la ciudad por espacio de algunos dias, reparó en Aladino que se hallaba jugando con otros mozalvetes de su edad; le observó largo rato, y conociendo en su fisonomía que era de carácter á propósito para lo que deseaba, se informó de un comerciante de quién era, á qué familia pertenecia, con todo lo demas que creyó oportuno para lograr su objeto. Cerciorado por el mercader minuciosamente del orígen y circunstancias de Aladino, se llegó á él fingiéndose su tio, como va manifestado; y el halago, la generosidad y las exactas noticias que daba del sastre Mustafá, impelieron á la viuda é hijo á creer de la mejor buena fé, que el mago era verdaderamente hermano carnal del malhadado sastre; esta confianza fué creciendo hasta el punto de llegar el mago africano á ser aun mas respetado y obedecido que el mismo Mustafá cuando vivia. Uno de los dias en que salió á paseo con Aladino, le condujo estramuros de la ciudad, llevándole por entre bellísimos jardines y pintorescas praderas hasta un espeso bosque. Aladino se sintió fatigado de tan larga caminata y se lo hizo conocer á su señor tio; pero este le replicó que era preciso que caminasen un poco mas para llegar al término de su viage; el huérfano siguió sin replicar hasta llegar á un espeso matorral de jaras y aliagas, rodeado por una triple hilera de jigantescos cipreses, que impedian el ser vistos de ningun mortal aunque estuviese á la mas corta distancia: llegados á aquel punto solitario, se sentaron los dos personajes sobre la verde alfombra que les ofrecia aquel agreste lugar, y despues de haber descansado algunos instantes, sacó el mago algunas viandas que les repararon de las fatigas de su larga caminata. Durante la campestre merienda, hizo el mago que rodase la conversacion sobre lo delicioso y grande que era el llegar á ser poderoso; pintó con los colores mas vivos y seductores los venturosos dias que se pasaban entre los festines, teatros, cacerías, palacios, mugeres, etc.; espresó con ardor las delicias que disfrutaba el hombre rodeado de esclavos que se esmeraban en complacerle; y patentizó por fin á su sobrino, que el hombre rico todo lo podia, al paso que el pobre era el ludibrio y la burla de todos sus semejantes.

Aladino, al escuchar las seductoras pinturas que de la riqueza hacia su señor tio, no pudo menos de exhalar un profundo suspiro y derramar una lágrima ardiente, que observó con cuidado el mago africano, y dirigiéndose á Aladino le dijo cariñosamente: ¿qué tienes, que parece te contristas y abates? Aladino contestó con el corazon comprimido: ¡Oh, mi querido tio! me habéis pintado la felicidad de una manera tan grata, que yo desearia ser feliz, pero me es imposible; pues para serlo, segun decís, son necesarias in-

mensas riquezas, y yo soy demasiado pobre; y el huérfano se echó á llorar como si le sucediera la desgracia mas grande é irreparable. El mago le cogió de la mano, y con ademan magestuoso é imponente, le dijo: Aladino, bajo de nuestras plantas existe un tesoro inapreciable; él por sí solo es suficiente á hacernos mas ricos que todos los monarcas de la tierra; ¿tendrás valor y serenidad para sacarlo de las entrañas de la tierra? Aladino contestó afirmativamente. Pues bien, hijo mio: respecto que te hallas animado de tan buenos deseos, te suplico no te asombres ni atemorices de cuanto vas á ver dentro de cortos momentos; levántate, pues, y recoge una regular cantidad de leña, que colocarás en este mismo sitio. Aladino obedeció tranquilamente al mago africano, y con la mayor brevedad fué hacinando porcion de troncos y ramage, hasta que reunió la cantidad suficiente para satisfacer al mago: este encendió una porcion de yesca, que envolvió en otra poca de musgo y yerba seca, que principiaron á levantar débiles llamas; entonces aplicó aquel combustible á la leña, que á poco rato principió á incendiarse, formando una inmensa hoguera; sacó un pequeño libro lleno de signos y geroglíficos, pronunció algunas palabras misteriosas, y arrojó á la hoguera una pequeña cantidad de mirra ó incienso, que produjo una rogiza llamarada y una densa nube de humo, que apenas podia disipar el aquilon que soplaba; aun no habia concluido aquella misteriosa ceremonia, cuando principió á temblar la tierra; los árboles se golpeaban unos con otros á impulsos de un fuerte huracan que retumbaba en el espacio; las aves aterrorizadas remontaban su vuelo huyendo de aquel lugar pavoroso; y el corzo, el leon, el elefante y otras mil fieras silvestres, aumentaban el pavor con sus rugidos, cuyo eco atronador resonaba en todas aquellas solitarias y dilatadas selvas. Aladino, atónito, horrorizado con cuanto miraba y oia, apenas podia atinar el fin de aquellos terribles misterios; apenas le dejaba el miedo discurrir sobre su misma suerte. De repente se abre la tierra, y mira á sus pies una horrible sima que parecia quererle tragar. Un agudo grito fué la señal del terrible espanto que inspiraba al huérfano la escena que estaba presenciando; el mago se acercó á él, y tomándole de la mano le dijo: no hay que desmayar, hijo mio; todo está ya tranquilo; nada se opone á nuestro proyecto. Aladino volvió en sí como si hubiera salido de un pesado sueño, y observó que efectivamente habia cesado el infernal estruendo que poco antes parecia querer concluir con todo el universo, y solo vió que la hoguera aun despedia algunas llamas, y que la sima estaba abierta; viendo el mago que Aladino habia recobrado su serenidad, le dijo, señalándole la boca de la sima: Aladino, voy á atarte con

esta faja para que bajes á este subterráneo: en el primer tránsito hallarás una losa de mármol, que á pesar de sus muchos quintales de peso, levantarás con facilidad: luego bajarás veinte escalones de jaspe, y te hallarás en tres magníficas galerías, que atravesarás sin pararte: en la última encontrarás una lindísima verja de plata bruñida, que te dará paso á unos hermosísimos jardines, cuyas plantas, flores y frutas son lo mas admirable que puedes haber visto en todo el mundo. En las tres galerías hallarás magníficas arañas de oro macizo, grandes espejos guarnecidos de brillantes, elegantes colgaduras recamadas de oro, finísimas alfombras de seda y tapicería y riquezas inmensas esparcidas por todas partes; guárdate ¡oh hijo mio! de tocar nada de esto; solo te es permitido coger y guardar las frutas que mas te agradaren. En medio de los jardines hallarás una lámpara encendida; apágala y guárdatela cuidadosamente, pues á pesar de ser de bronce, tiene tal elasticidad, que puede meterse en cualquier bolsillo, sin ensuciar ni abultar la menor cosa. Toma este anillo y colócalo en tu dedo de corazon; él te libertará de todo peligro, pues es el mas apreciable talisman que se ha conocido en la tierra. El mago sacó de su dedo un hermoso anillo, y se lo dió á Aladino, continuando: luego que hayas recogido la lámpara, te atarás á esta faja, y me la entregarás con el anillo antes de salir del subterráneo, pues salido de él, pierde toda su virtud. Aladino, á pesar de su gran miedo, se dejó atar por la cintura y bajó al subterráneo. En el primer tránsito halló la enorme losa de mármol, que levantó con facilidad, segun le habia asegurado su presunto tio; bajó los veinte escalones de jaspe, y atravesó las tres hermosas galerías sin pararse, segun se le habia encargado; abrió la verja de plata, y se halló en un delicioso jardin, cuyas frutas de diferentes colores y de una brillantez asombrosa, convidaban á que se las recogiese. Aladino cogió porcion de todas ellas, blancas, encarnadas, verdes, amarillas, azuladas, y las fué guardando cuidadosamente en todos sus bolsillos y entre la ropa. En seguida distinguió la lámpara encendida y se dirigió hácia ella, y apagándola de un soplo, la cogió y guardó en su seno, en el que apenas se conocia que tuviese la menor cosa: hechas todas estas operaciones, salió del jardin, y volviendo á atravesar las tres elegantes galerías, se colocó enfrente de la boca del subterráneo, en la que observó la faja que le habia servido para bajar. Volvió á atarse por la cintura y dió voces al mago para que le subiese; el mago principió á tirar de la faja hasta que pudo conseguir que Aladino estuviese á la misma boca del misterioso subterráneo; entonces le pidió la lámpara y el anillo; pero Aladino, por instinto ó como si conociera lo que debia sucederle, se negó á ello, diciendo al mago que

de ninguna manera le entregaria la lámpara y anillo, en el ínterin no le acabase de sacar de aquel encantado palacio subterráneo: en vano el mago apeló al ruego, al halago, á las amenazas. Aladino se obstinó en no entregarle las dos alhajas que le pedia, manifestándole con entereza, que primero consentiria morir sepultado que hacerle entrega de la lámpara y anillo antes de salir de aquella gruta. Viendo el mago que era imposible recoger de Aladino las dos preciosas prendas que tanto ansiaba, le dió una fuerte patada en la cabeza, acompañándola con una maldicion horrible y dejándole caer en la sima: al mismo tiempo un grande estruendo anunció un estraordinario movimiento en la tierra, que se unió instantáneamente, dejando cerrada la boca del subterráneo; Aladino habia caido desmayado, y el mago habia desaparecido en una nube de fuego conducido por los génios del aberno.

CAPITULO II.

Sale Aladino del subterráneo, y se dirige á su casa con el anillo y la lámpara, y cargado de frutas del prodigioso jardin.— Vuelve á los brazos de su madre, en cuya compañía le esperan nuevas y grandes aventuras, que le hacen memorable en toda la China.

Muchas horas pasó Aladino sin volver del desmayo que le habia ocasionado la terrible patada que le dió el mago; pero el frio, la humedad y el mucho tiempo que hacia que se hallaba en aquel estado, le hicieron volver en sí, y recordar á su pesar que se hallaba sepultado en vida: efectivamente, ninguna esperanza quedaba al infeliz huérfano para salir de aquel sepulcro, en el que le estaba vedada la hermosa luz del dia con que el Omnipotente alumbra á todos los séres creados. En vano daba desaforadas voces implorando clemencia: en vano invocaba los augustos manes de su padre: en vano, en fin, clamaba por el auxilio de su madre y amigos; todo era en vano: sus amargas quejas se perdian entre las bóvedas del subterráneo, y solo escuchaba y miraba á su rededor el pavoroso silencio de las tumbas y el tétrico y tenebroso aspecto de los sepulcros. Resignado á morir en lo mas florido de la juventud, se arrodilló sobre la misma losa que le habia servido de lecho en su desmayo, y en esta posicion referente, imploró la clemencia del Dios infinito, de ese Dios que todo lo perdona y que á todos protege; de ese Dios que nadie ha invocado en vano; al cruzar sus manos

implorando la clemencia del Todopoderoso, frotó con fuerza, aunque casualmente el anillo que le habia dado el nigromántico; y con este frote casual, el anillo brilló de tal manera que iluminó el subterráneo; al mismo tiempo se le presentó un génio jigantesco, que inclinado ante él le dijo: ¿qué me quieres? aquí estoy dispuesto á hacer cuanto me mandes, como esclavo que soy de todos los que posean ese precioso anillo. Aladino se habia hecho animoso desde el momento que se resignó á morir, y en este concepto le contestó al génio con dignidad y entereza: te mando que inmediatamente me saques de este subterráneo y me conduzcas á mi casa; en el mismo instante se vió trasportado sin saber cómo á una altura inmensa; y como si acabára de sacudir el mas pesado sueño, se miró á la misma puerta de su casa sin atinar cómo ni por dónde habia ido: entró en ella y abrazó á su madre, que le esperaba con impaciencia, pues hacia veinte y cuatro horas que no le veia; sentado Aladino al lado de su cariñosa madre, la contó cuanto le habia ocurrido con el mago africano: Rabeca, que ignoraba totalmente lo que era la magia, no dió crédito á su hijo, figurándosela que era un cuento cuanto acababa de manifestarla; pero Aladino, deseando ser creido de su madre, la presentó las frutas que llevaba y la lámpara que habia motivado su aventura. Las frutas, lejos de poder ser comidas, se habian trasformado en diamantes, rubíes, topacios y esmeraldas de un tamaño y hermosura que jamás se habia visto en el mundo; pero como ni Rabeca ni Aladino conocian el gran valor de las piedras, creyeron que eran cuentas de cristal bien pulimentado que no tenian gran precio; bajo este concepto, las metieron en dos jarrones de porcelana, y las guardaron en un viejo armario. Aladino pidió de comer á su madre; pero como fuese hora muy avanzada de la noche, le respondió esta que le era imposible complacerle hasta el dia siguiente. Mientras el jóven huérfano se disponia á acostarse para acallar el hambre que le afligia estraordinariamente, Rabeca tomó la lámpara para limpiarla, pues parecia hallarse demasiado sucia; pero apenas principió á frotarla con una porcion de menuda arena, cuando se presentó un génio de figura atlética espresando con ronca voz: ¿qué me quereis? aquí estoy dispuesto á complaceros, como esclavo que soy de todo el que posea esa maravillosa lámpara. Rabeca cayó desmayada con la aparicion de aquella formidable vision; pero Aladino, que ya estaba acostumbrado á estas apariciones, le dijo con tranquilidad cogiendo la lámpara: te mando que inmediatamente me prepares una mesa cubierta con los mas sabrosos manjares que haya en la China, y con los mas esquisitos vinos que pueden servirse á las mesas de los grandes y de los potentados;

el génio desapareció súbitamente; y á poco rato volvió á reaparecer con una grande y hermosísima bandeja de plata cincelada, en cuyo centro se miraban doce fuentes del mismo metal, repletas de diferentes viandas y manjares, dos magníficas copas de oro esmaltadas con piedras preciosas, y dos bellísimos jarrones con vinos esquisitos: cubierta la mesa con este lujoso aparato, el génio volvió á desaparecer al mismo tiempo que Rabeca volvia de su desmayo: confortada con el olor de los manjares, y con una copa de vino que la alargó su hijo, pudo reconocer con asombro aquel régio banquete que la convidaba á disfrutar lo que jamás se la habia pasado por la imaginacion. Se sentó á la mesa, y teniendo la discrecion de no preguntar á su hijo de dónde emanaba aquella abundancia, cenó en su compañía, no sin dejar de causarla el mayor asombro tanta opulencia y riqueza reunidas: acabada que fué la cena, de la que sobraron provisiones para una semana, recogió y guardó el servicio, y Aladino su lámpara, con cuya última operacion se fueron á descansar hasta el dia siguiente. Profundamente durmieron madre é hijo, sin que el recuerdo de sus pasmosas aventuras viniera á turbar el dulce reposo que trae consigo una noche feliz y de opulenta cena, y parecia ser que habian olvidado hasta el aspecto feroz de los génios que pocas horas antes les habian amedrentado y aturdido. A hora bastante avanzada de la mañana del siguiente dia, despertaron madre é hijo, y se dispusieron á abandonar el mullido lecho que tan bien les habia servido durante la noche; y despues de saludarse con el mayor contento se sentaron en un sofá de familia á concertar el plan de vida que debian observar en adelante, en atencion á que su posicion habia variado considerablemente. Aladino manifestó á su madre que no le parecia oportuno dar á conocer su repentina riqueza, porque la curiosidad no llegase á penetrar el secreto, ni que tampoco era conveniente abusar de la bondad de los dioses, haciendo un uso muy frecuente de la virtud de la lámpara maravillosa. Rabeca convino con su hijo en cuanto proponia sobre el particular; y de comun acuerdo concertaron ir cubriendo las atenciones de la casa con el producto de la vagilla que les habia proporcionado el génio la anterior noche. Tan luego como se concluyeron las provisiones que les habian sobrado de la cena del génio, fué preciso vender una de las fuentes de plata que habian servido en ella, con cuyo objeto se dirigió Aladino á un judío, que no le pagó mas que la décima parte de su importe; como el tiempo corre sin cesar, é incesantes son tambien las necesidades de la vida, fué necesario que madre é hijo se fueran desprendiendo poco á poco de las doce fuentes de plata que el génio habia traido; hasta seis vendieron á dicho ju-

dío al mismo ínfimo precio que la primera; pero habiendo averiguado cierto platero el robo escandaloso que hacia el usurero, se avistó con Aladino y le hizo patente el engaño de que habia sido víctima, ofreciéndose él á comprar en lo sucesivo por su justo valor, todos los objetos de oro, plata y joyería que quisieran venderle.

Confiado en esta oferta el jóven Aladino, vendió al platero las otras seis fuentes que le restaban; pero quedó asombrado al contemplar que dicho platero le habia entregado en buenas monedas de oro una décima parte mas de la cantidad que el judío le habia dado por las seis primeras fuentes. Confiado en la honradez del platero, le manifestó algunas de las piedras que habia cogido en el jardin del subterráneo, juzgando eran frutas, pues que pendian de árboles: el platero al examinarlas esclamó con asombro: ¡Oh noble caballero! bien podeis estar seguro que la calidad de grandor de estos diamantes, topacios, rubíes y esmeraldas, no se halla entre las mas ricas joyas que tiene el mismo emperador de la China; estas preciosas piedras bastan por sí solas á haceros uno de los caballeros mas afortunados de todo el imperio: Aladino, que aun le quedaban en casa cien veces mas de piedras que las que habia presentado al platero, se conceptuó feliz y con caudal suficiente para pasar la vida con comodidad, por muy larga que fuera. Ademas de la pedrería aun tenia en su poder la gran bandeja de plata cincelada, las dos magníficas copas de oro esmaltadas y un riquísimo paño de tisú con que el génio habia traido cubierta la vagilla la noche de la cena: satisfecho el huérfano de su inmensa riqueza, se volvió á su casa y dispuso que su madre comprase ajuares mas decentes de los que tenia, se vistiese con mas esmero, y procurase en adelante ensanchar los diarios gastos, sin que fuesen tan escesivos que pudieran llamar la atencion: asi lo hizo la complaciente Rabeca, y en el mismo dia quedó arreglada la casa con decencia, pero sin lujo. Aladino por su parte principió á asistir á las concurrencias de algun tono, y por consecuencia á rozarse con muchas personas de la clase media; su amabilidad, despejo y buen porte, le captaron el aprecio de cuantos le conocian, y su filantropía le hizo alcanzar gran reputacion entre la clase menesterosa, á quien socorria con modestia, y sin dar la menor importancia á sus actos de caridad. De este modo se deslizaban los dias de Aladino, sin que se notasen en él otras miras de ambicion que la de sostenerse en la medianía; pero el amor, cuyos efectos aun no habia esperimentado, le obligó á remontar su vuelo hasta una esfera que no habia soñado hasta entonces, como se esplicará en el siguiente capítulo.

CAPITULO III.

Aladino tiene curiosidad por ver á la princesa Badrabuldur, hija del emperador.—Curiosidad que satisface por la virtud de su anillo.—Se enamora de ella, y obliga á su madre á que se la pida al sultan por esposa, con todo lo demas que ocurrió en esta peticion, casi imposible de lograr.

En uno de los dias en que Aladino se dirigia al parage que mas frecuentaba, notó que todas las calles se hallaban colgadas, y que apenas eran recorridas por las gentes como acontecia otras veces; en vista de esto, se acercó á un comercio y preguntó la causa de aquella gran novedad; el comerciante á quien interpeló acerca del particular, le respondió en estos términos: Habeis de saber que dentro de media hora sale al baño la princesa Badrabuldur, y el emperador ha mandado que todas las calles estén colgadas, y que ninguna persona pasee por ellas hasta que haya regresado á palacio; segun afirman los palaciegos, es de una incomparable hermosura, pero en la ciudad nadie la ha visto, pues siempre que sale se toman estas precauciones, y va cubierta con un denso velo que impide verla el rostro. Satisfecha la curiosidad de Aladino en esta parte, se retiró á su casa para dar cumplimiento á las órdenes de su soberano: llegado á ella, no pudo menos de encontrarse disgustado, pues deseaba con vehemencia ver á la hermosa princesa; y no hallando arbitrio humano para satisfacer su deseo, se vió en la precision de recurrir á la virtud de su prodigioso anillo; le frotó fuertemente contra su ropa, y en el momento apareció un génio de graciosa figura, que inclinándose ante él, le dijo respetuosamente: ¿qué me mandas? aquí me tienes á tu disposicion, como esclavo que soy de todos los que posean ése prodigioso anillo que llevas en tu dedo. Aladino le dijo con tranquilidad: condúceme, pues, sin ser visto de ninguna persona hasta el baño de la princesa Badrabuldur, y colócame en sitio donde pueda verla á mi placer sin ser notado de nadie: en el momento obedeció el génio y trasportó á Aladino á un suntuoso salon adornado con la mayor elegancia, y en cuyo centro se ostentaba una lindísima fuente, cuyos caños y saltaderos brotaban agua perfumada, que recogia un bellísimo baño de jaspe del mayor mérito; colocado Aladino enfrente del baño, desapareció el génio dejándole en aquella hermosa mansion, donde se respiraban los mas suaves y aromáticos perfumes. La armonía de cien ins-

trumentos músicos anunció la llegada de la princesa, que á poco rato entró rodeada de sus doncellas y camaristas; estas la despojaron de sus vestiduras y la metieron en el baño.



Aladino, que todo lo observaba sin que nadie pudiera verle, quedó asombrado al contemplar la peregrina belleza de la princesa, que metida en el baño parecia una estátua de movimiento trazada y concluida por un celeste artista. Fijos los ojos en aquella belleza encantadora, no pudo menos de sentir su corazon los primeros destellos del amor mas profundo; amor que fué creciendo á proporcion que la miraba, hasta hacerse irresistible. Concluido el baño, abandonó la princesa la estancia, dejando á Aladino en el mayor desconsuelo con su ausencia; viéndose el huérfano solo en aquel suntuoso recinto, frotó su anillo y tornó á aparecer el génio, que le trasportó á la habitacion que ocupaba en la casa de sus padres. Aladino, consumido por la tristeza, abatido por el ardiente amor que le devoraba, y desesperado por el imposible que pretendia, perdió su natural alegría, y su salud fué decayendo hasta el punto que tuvo que notarlo su cariñosa madre: uno de los dias que Aladino se hallaba sentado á su lado le dijo: hijo mio, ¿qué causas te obligan á mantenerte en un estado tan triste que va consumiendo tu salud por instantes? ¿no merece mi cariño maternal la confianza de que me reveles las penas que atormentan tu corazon? Aladino tomó la mano de su madre, y despues de besársela con ternura, la manifestó su ardiente amor por la princesa Badrabuldur, no omitiendo ninguna de las circunstancias que se la hicieron conocer en el baño. Atónita Rabeca de escuchar el loco amor de su hijo, le reprendió cariñosamente, patentizándole lo imposible que

era poder alcanzar un tan elevado objeto, y le su[illegible]carecidamente procurára distraerse y olvidarse para siempre de la princesa. Aladino, no solamente desdeñó los consejos de su madre, sino que la pidió de rodillas y anegado en llanto, el que se presentára al emperador y se la pidiese por esposa; Rabeca no pudo menos de pensar entonces el que su hijo habia perdido enteramente el juicio, pues que tales desvaríos la proponia; pero como Aladino persistiese en su intento, y la hiciese ver las esperanzas que abrigaba fiado en el poderoso influjo de sus talismanes, se decidió su madre á complacerle, quedando aplazada para el siguiente dia la presentacion y peticion al emperador respecto á la princesa.

Al dia siguiente cogió Aladino la gran bandeja de plata, colocó én ella las dos magníficas copas de oro, y llenó estas de las preciosas piedras que tenia en abundancia; lo cubrió todo con el riquísimo paño de tisú, y se lo entregó á su madre para que hiciera un obsequio al emperador antes de solicitar la mano de su hija; Rabeca, mas por complacer á su hijo que por alcanzar la loca pretension que llevaba, se dirigió al imperial alcázar donde el monarca tenia sus consejos y daba audiencia á sus vasallos; colocada entre la muchedumbre, no pudo hablar aquel dia á S. M., y se volvió á su casa dando á su hijo la fatal noticia de su infructuosa presentacion en la audiencia. Aladino cada vez mas enamorado y pertinaz, obligó á su madre á ir por muchos dias consecutivos á la audiencia del emperador; pero como esta no hacia mas diligencia para hablarle que presentarse entre la muchedumbre, jamás la llegaba el turno, y nunca hubiera llegado el término de su comision, si el emperador no hubiera hecho reparo en ella. Efectivámente, como todos los dias la veia en el mismo lugar, no pudo menos de llamar su atencion, y dirigiéndose al gran visir le dijo: aquella muger viene todos los dias á la audiencia, y tengo curiosidad en saber qué pretende; acércala, pues, á mi trono, que quiero escucharla: el gran visir obedeció las soberanas órdenes, y condujo hasta las primeras gradas del sólio á la madre de Aladino: esta se arrodilló humildemente sin atreverse á proferir la menor palabra; pero el emperador observando su cortedad, la mandó levantarse de la alfombra donde estaba arrodillada, y la dijo manifestase sus pretensiones ó quejas. Rabeca le presentó entonces la bandeja y copas que llevaba, diciendo: poderoso señor, mi muy amado hijo Aladino me envia á vuestra magestad suplicándole se digne admitir este pequeño obsequio, como justo homenaje que se atreve á tributar al soberano mas grande que tiene la tierra. El mismo emperador descubrió la gran bandeja, y quedó asombrado al contemplar tantos primores y tan esquisitas riquezas; y llamando á su rededor los grandes

y dignatarios que tenia á su lado, les manifestó el regalo que acababan de hacerle: todos ellos no pudieron menos de admirar el delicado gusto y la riqueza inmensa que encerraban aquellos preciosos objetos, y no cesaban de alabar al poderoso dueño que tal obsequio hacia; entonces S. M. se dirigió á Rabeca y la dijo: ¿y qué quiere vuestro hijo? ¿qué pretende de mi soberanía? esplicaos, buena muger, y no dudeis que quedareis complacida. Rabeca manifestó al emperador que la era vergonzoso hablar delante de tantas gentes, cuya manifestacion impelió al soberano á mandar que despejasen el salon, quedando solo á su lado el gran visir y la madre de Aladino: así que se vieron solos la dijo el monarca con alegre semblante: vaya, señora, ya os podeis esplicar con toda franqueza; decidme qué es lo que exige de mí vuestro hijo. Rabeca volvió á hincar la rodilla y dijo: señor, antes de que principie mi narracion, suplico á V. M. se digne darme su imperial palabra de no irritarse conmigo ni con mi hijo, aun cuando mis pretensiones puedan dar márgen á ello. Levantaos, buena muger, respondió el emperador; yo os empeño mi palabra de escucharos con gusto, sea cual fuere vuestra pretension. Fiada Rabeca en la bondad del emperador, se esplicó en estos términos: Poderoso soberano, mi hijo Aladino ha tenido el loco atrevimiento de enamorarse de vuestra escelsa hija la princesa Badrabuldur, y no contento con este crímen, me envia á V. M. á pedírsela por esposa. Asombrado quedó el emperador al escuchar tal pretension; pero como el regalo era de tanto valor, mandó acercar al gran visir y le dijo al oido: ¿qué te parece responda á la solicitud de esta muger? el visir le habló largamente sin que pudiera oirlo Rabeca, y despues de haber concluido, se dirigió á ella el sultan diciéndola: no me desagrada la proposicion que acabais de hacerme; pero necesito para contestaros el término de tres meses, en el que consultaré con mi hija lo que debo de hacer antes de disponer de su mano. Rabeca, que no esperaba una contestacion tan propicia, se retiró alborozada á su casa, en la que participó á su hijo todo lo que le habia pasado con el emperador, y la favorable promesa que le habia hecho de darla una respuesta definitiva á los tres meses.

CAPITULO IV.

La princesa Badrabuldur se casa con el hijo del gran visir.—Recursos que emplea Aladino para estorbar la consumacion del matrimonio.—Espira el plazo de los tres meses en que el sultan debia dar una respuesta á la madre de Aladino.—Se la dá, y se casa por fin con la princesa, sucediendo para ello curiosas aventuras.

Contento sobremanera quedó Aladino con la respuesta que le habia traido su madre, y esperaba con ánsia el que cumpliera el plazo de los tres meses que habia dado el emperador para dar una respuesta definitiva; y animado con la esperanza de que seria satisfactoria, recobró su antigua alegría, y tornó á sus pasadas diversiones, que á la verdad no dejaban de ser inocentes. Ya habian trascurrido mas de dos meses, cuando una mañana se halló sorprendido por un repique general de campanas, muchas orquestas y grande algazara en toda la ciudad; salió de su casa con el objeto de indagar las causas que habia para aquellos públicos regocijos, y á poco rato de salir de ella, supo con harto dolor de su corazon que la princesa Badrabuldur se casaba aquella misma noche con el hijo del gran visir, y que por este fausto acontecimiento se mandaban hacer grandes festejos en todo el imperio. Aladino quedó mortal al escuchar tan tristes nuevas para él; y justamente irritado contra el emperador porque no le habia cumplido la palabra que le habia dado, juró estorbar aquel matrimonio, aunque para ello tuviera que sacrificar su vida: se retiró á su casa, y en ella esperó que llegase la hora en que los novios fueran á disfrutar de la suprema dicha del himeneo: cuando conoció que era tiempo de que se recogiera la princesa y su esposo, tomó su lámpara, y frotándola con arena apareció el génio que le habia servido anteriormente, y le dijo: ¿qué me mandas? aquí estoy dispuesto á servirte en cuanto te plazca. Aladino le contestó: vuela al palacio de S. M., y antes que el hijo del gran visir pueda hacer las primeras caricias á su esposa, que es la princesa Badrabuldur, traémelos con el mismo lecho imperial á mi habitacion, poniendo antes en lo mas alto de la azotea al novio, mi odioso rival. El génio desapareció, y á pocos instantes volvió con la brillante cama de bodas en que venia acostada la princesa, pues el hijo del gran visir ya habia quedado en lo mas encumbrado de la azotea pasmado de

frio. La princesa se hallaba acongojada al verse trasportada por los aires hasta una habitacion desconocida para ella; pero Aladino la quitó parte del susto, jurándola que no ofenderia su honor, y que su objeto era solo el estorbar la consumacion del matrimonio con el hijo del gran visir: se acostó con ella, pero puso entre los dos una brillante espada que aseguraba lo sagrado del juramento. Por la mañana volvió á llamar al génio, y le mandó volviese al palacio de S. M. á los dos novios en el mismo lecho que les habia traido hasta allí; el génio obedeció prontamente, y la princesa y su esposo fueron trasladados á la misma habitacion preparada para su nupcial dormitorio: asustados con lo que les habia acaecido la anterior noche, no tuvieron aliento para hablarse ni una sola palabra: el hijo del gran visir principió á vestirse, temiendo volver á ser trasportado á la azotea á donde habia pasado el frio mas cruel é intenso. La princesa, aterrorizada con el estraordinario suceso, se hallaba sumergida en la mayor congoja, en cuyo estado la hallaron su padre y madre, sin poder atinar el motivo de su palidez y el de su tristeza. Idéntica duda se les ofreció con el novio, que tambien parecia un desenterrado; pero en aquel dia nadie se atrevió á pedirles esplicaciones acerca del motivo de sus amarguras y pesares, atribuyéndolo al rubor que es consiguiente á los recien casados, ó á otras causas anejas al mismo asunto. La siguiente noche volvió Aladino á frotar la lámpara, y tornó á aparecérsele el génio, á quien mandó practicar la misma operacion que la anterior noche. El hijo del gran visir, que no queria pasar la plaza de cobarde, se acostó con la princesa; pero apenas habia dejado caer el cuerpo sobre los mullidos colchones, cuando el lecho principió á moverse con violencia, y al poco rato se encontró en la misma azotea que habia estado la noche anterior, y la princesa al lado de Aladino, que la repitió su promesa de no atentar contra su honor. Por la mañana volvieron los novios á ser trasportados á su habitacion, pero decididos á revelar los estraordinarios sucesos que habian pasado en las dos noches. Efectivamente, uno y otro contaron á los emperadores y al gran visir lo que les habia ocurrido, suplicándoles deshiciesen el casamiento, respecto á que era reprobado por el Profeta. Convencidos los padres de los ilustres novios de que no era posible que continuasen así los dos jóvenes, dispusieron anular el enlace, y dieron órdenes para que en todo el imperio cesasen las fiestas y los regocijos que se habian mandado hacer por las régias bodas. Aladino recibió con contento esta fausta noticia, y no perdió la esperanza de que la hermosa princesa llegaria á ser suya. A los pocos dias de anulado el matrimonio de la princesa, cumplió el plazo de los tres meses que habia

dado el emperador á la madre de Aladino para responder si le concedia ó negaba la mano de su hija. El huérfano suplicó á su madre fuese á saber la respuesta y decision del emperador. Rabeca se dirigió á palacio, y puesta á la presencia del sultan, le dijo: señor, hoy ha cumplido el plazo que me concedió V. M. para saber de su boca si el ardiente amor de mi hijo ha de ser premiado con la escelsa mano de la princesa. El emperador, que no se hallaba muy dispuesto á que su hija contragese un segundo enlace con una persona desconocida, contestó á Rabeca: siempre que tu hijo me haga conocer por un gran presente que iguala en facultades á los mas poderosos reyes de la tierra, no tendré inconveniente en concederle la mano de mi hija: esto lo decia el emperador muy creido de que Aladino no podria satisfacer sus deseos. Rabeca salió desconsolada de palacio, juzgando imposible el que su hijo pudiera satisfacer las exigencias del emperador: luego que llegó á su casa manifestó á Aladino lo que le habia respondido el emperador; su hijo, en vez de entristecerse, brilló de alegría. Al amanecer del siguiente dia tomó la lámpara y frotándola con fuerza, se presentó el génio precipitadamente diciéndole: aquí me tienes dispuesto á complacerte en cuanto me mandes: ¡oh génio! le dijo Aladino; hoy necesito de tu auxilio mas que nunca: mandadme, señor, lo que gusteis, replicó el génio. Animado Aladino con la confianza del esclavo de la lámpara, le dijo: hoy á las once debo presentarme al emperador, y deseo me proporciones un tren tan brillante como pueden presentarlo los mas poderosos monarcas del universo: grandes regalos para el emperador y su hija; esclavos, escuderos, pages, caballos y arneses para mi acompañamiento, y un magnífico trage para mi uso, con otros para el emperador, su esposa y la princesa. ¿Mandais otra cosa? respondió el génio: nada mas, y es muy bastante, replicó Aladino. El génio desapareció, y Aladino quedó fluctuando entre el temor y la esperanza, respecto á si podria el génio llenar cumplidamente la comision que le habia dado.

A las once menos cuarto, las salas, patio, cuadras y corrales de la casa de Aladino, se hallaban llenas de pages, escuderos, esclavos, caballos y arneses del género mas elegante y costoso que se habia conocido; sobre una mesa puso el génio un riquísimo vestido recamado de oro que debia servir á Aladino, á cuyo trage acompañaba una brillantísima espada guarnecida de piedras preciosas; un brioso alazan enjaezado con costosísimos arneses relinchaba en el patio principal de la casa esperando á su señor. Vestido Aladino montó á caballo y principió á salir la comitiva en esta forma: cuatro ginetes montados en magníficos corceles rompian la mar-

cha; seguian á estos cuarenta esclavos negros, mezclados con otros cuarenta blancos; cada uno de ellos llevaba sobre la cabeza una grande bandeja de oro macizo que contenian objetos preciosos correspondientes á una gran vagilla; tambien llevaban hermosos vestidos, collares, pendientes y sortijas para la emperatriz y su hija. Detrás de los ochenta esclavos, seguia una magnífica orquesta, compuesta de cien instrumentos; á esta seguia Aladino en su brioso corcel, y detrás de él cuarenta escuderos montados, siendo la retaguardia otros cuarenta esclavos que llevaban del diestro otros tantos caballos, cuyos brillantes jaeces deslumbraban con su esplendor; tan numerosa y brillante comitiva, jamás la habian visto en el imperio de la China, y así es, que las gentes se atropellaban unas á otras por correr á ver una cosa tan rara y maravillosa. Cuatro de los escuderos iban tirando monedas de oro á la gente, que apenas se paraba á cogerlas por no perder de vista á la brillante comitiva. El monarca, á cuya noticia llegó aquel estraordinario suceso, no dudó seria algun soberano el que venia á honrar su ciudad con aparato tan brillante, y así mandó vestir de gala á todos los sirvientes y guardias de su palacio. Aladino se dirigió á él, para hablar al emperador: concedido el permiso, entró en el salon imperial con los ochenta esclavos que llevaban los regalos, y postrado ante el trono del emperador le dirigió este discurso: poderosísimo señor: ayer se dignó V. M. decir á mi madre que el que os hiciera el mejor y mas costoso presente le daríais la mano de vuestra hermosa hija la princesa Badrabuldur. Yo soy Aladino, y vengo á pretenderla, si es que quedais satisfecho con el presente que vais á ver; en este acto principiaron á desfilar los esclavos y escuderos, dejando á la vista del monarca cuantos objetos llevaban. Atónito el emperador de mirar tanta riqueza, y no disgustándole el lenguaje y finos modales de Aladino, no pudo menos de concederle la mano de su hija, manifestándole que deseaba que aquella misma noche se verificase el matrimonio, pero Aladino le contestó que se dignára suspenderlo hasta tanto que él mandase fabricar un palacio digno de ser habitado por la princesa; largo le pareció el plazo al emperador, pero accedió á ello por complacer á Aladino, de quien estaba prendado. Retirado á su casa despues de haber besado la mano á su futura esposa, tomó la lámpara, y frotándola como otras veces, apareció el génio y le dijo: ¿qué me mandais? en todo quedareis complacido. Necesito un palacio que ha de edificarse esta misma noche, y quiero que sea mucho mejor que el del mismo emperador: en él edificarás una gran sala con veinte y tres celosías iguales en primor, y la que haga veinte y cuatro, harás

que no pueda hacer otra igual ninguno de los mortales que habitan el mundo. El génio hizo una profunda reverencia y desapareció súbitamente. Al amanecer del siguiente dia se hallaba el palacio edificado con mucho mas gusto y esplendor que el que ocupaba el monarca. Como este prodigio se levantó delante y enfrente del mismo alcázar del emperador, se sorprendió este al ver edificado en horas un edificio tan suntuoso y bello; pero Aladino vino á sacarle de su sorpresa, manifestándole que ya podia verificarse su enlace, respecto á que el palacio que debia ocupar la princesa se hallaba concluido. Verificado el matrimonio con gusto de todos, Aladino y su esposa pasaron á habitar su palacio, el que reconoció el emperador muy minuciosamente; pero habiendo notado que el mejor de sus salones tenia una de las celosías por concluir, preguntó á Aladino que en qué consistia aquella falta. Aladino le respondió: esa falta, señor, no ha sido descuido, es un capricho que tengo en que V. M. disponga que la pongan igual á las otras veinte y tres que tiene la sala: el emperador quiso complacer á su yerno; pero á los seis meses de trabajo por los mejores operarios de la córte, no pudieron adelantar mas que una mitad, despues de haber concluido para hacerla con toda la brillante pedrería que tenia el imperio; en este estado se presentó el director al emperador y le dijo: señor, para acabar la celosía, se necesitan otras tantas piedras preciosas como las que van gastadas, y otros seis meses de trabajo. Viendo el emperador que le era imposible soportar tanto gasto, se lo manifestó á Aladino, quien le contestó sonriéndose: mañana es[illegible]concluida sin falta alguna: efectivamente, dió la órden á su gé[illegible] siguiente dia se hallaban iguales las veinte y cuatro celosía[illegible]

Aladino, queri[illegible]spetado del pueblo y amado de su esposa, nada parecia turbar [illegible]elicidad, y se dedicaba á hacer limosnas á los necesitados y á cazar en los bosques muchos dias.



CAPITULO V.

El mago africano averigua por su cuadrante geomántico la feliz suerte de Aladino.—Deseoso de venganza marcha á la China, y apoderándose de la lámpara maravillosa trasporta á Africa el palacio de Aladino.—Este lo vuelve á recobrar dando muerte al mago y á un her mano.

El mago africano tuvo un dia la curiosidad de saber dónde se hallaba su lámpara, y si Aladino habia quedado sepultado en el subterráneo; para alcanzar su deseo, sacó su cuadrante geomántico y su reloj mágico; hecho el horóscopo y consultado los astros, supo que Aladino habia casado con la hija del emperador de la China, y que habitaba un magnífico palacio frente al del monarca, [illegible] por la virtud de la lámpara maravil[illegible]eseoso el mago de vengarse de A[illegible] de apoderarse de la lámpara, se [illegible]en camino para la China, á la qu[illegible]ó en ocasion de que Aladino se ha[illegible]a en una cacería que debia durar ocho dias. Compró una porcion de lámparas nuevas, y tomándolas en una gran cesta, principió á pregonar: ¡quién me cambia lámparas viejas por estas flamantes! Al escuchar las gentes tal desatino, le juzgaron loco; y los chiquillos, teniendole por tal, le siguieron hasta las mismas puertas del palacio de Aladino, donde el mago redobló con mas fuerza sus pregones: las voces del africano, unidas á la gritería de los muchachos, llamaron la atencion de las doncellas de la princesa Badrabuldur, y saliendo á los balcones del palacio, se informaron de que un estrangero loco daba hermosas lámparas nuevas á cambio de viejas. Informaron de ello á la princesa, y la propusieron cambiar las que hubiera inservibles en palacio por las que traia aquel loco. La princesa consintió en ello, mas por

diversion que por el interés que pudiera resultarla; y así dió facultades á las doncellas para que hicieran el cambio; estas principiaron á buscar por todos los rincones las lámparas viejas, y hallando sobre una cornisa del salon de las 24 ventanas, la lámpara maravillosa, que Aladino habia tenido la indiscrecion de tenerla en aquel sitio, la mezclaron con las demas, y bajaron á verificar el cambio. El mago africano les dió igual número de lámparas nuevas por las viejas é inservibles que le entregaban, y se retiró á su posada muy satisfecho del gran negocio que acababa de hacer. Las doncellas subieron á la habitacion de la princesa, y la manifestaron las lámparas que habian cambiado, teniendo por un mentecato al que tan mal uso hacia de sus mercancías.

Luego que el mago llegó á la posada se encerró en su habitacion, y cogiendo la lámpara maravillosa, cuyas señas conocia perfectamente, la restregó con arena, y el génio apareció inmediatamente, diciendo: ¿Qué me mandas? Aquí me tienes pronto á obedecerte, como esclavo que soy de todo el que posea esa lámpara maravillosa. El mago le contestó: te mando que esta misma noche me introduzcas en el palacio de Aladino, y hecho esto, que nos trasportes en él á Africa: el génio desapareció, afirmando con un ademan que quedaria complacido. En la misma noche, el palacio de Aladino, con la princesa y todos sus sirvientes, fué trasladado á Africa. No es fácil de describir el sentimiento de la princesa cuando se la presentó el mago africano manifestándola la mutacion que acababa de esperimentar; para cerciorarse mas de la verdad, salió á un balcon, y observó con dolor y asombro que efectivamente el palacio se hallaba en una tierra estraña, y lejos de la córte del emperador de la China. El mago la informó de la virtud de la lámpara y de todo cuanto le habia ocurrido con Aladino, á quien juzgaba muerto por su padre, tan luego como hubiera observado la desaparicion del palacio. Desesperada la princesa con verse separada de su querido esposo y seducida por el mago, que la ofrecia su amor, no hacia otra cosa que llorar y cubrir de insultos y denuestos al africano, que se la presentaba todos los dias. El emperador de la China tenia por costumbre, tan luego como se levantaba, el asomarse á un balcon, desde el que contemplaba con placer el hermoso palacio que habitaba su hija: el dia de la desaparicion de aquel practicó la misma operacion, y quedó atónito cuando en vez del palacio solo vió el ancho campo que ocupaba. No queriendo dar crédito á sus ojos, llamó al gran visir y otros sirvientes, por ver si ellos podian distinguir el palacio de Aladino; pero á todos ellos les sucedió lo que á su señor, y convinieron que Aladino era un nigromántico encantador, digno del mayor cas-

tigo. Irritado el emperador hasta el grado mas infinito, mandó que inmediatamente saliesen veinte hombres armados, y condujesen á su presencia atado de pies y manos al nigromántico Aladino que se hallaba aun en caza; los guardias ejecutaron sus órdenes, y á las pocas horas entró Aladino en la ciudad como el mayor delincuente; puesto á la presencia del emperador, mandó este que le cortasen la cabeza, en atencion á que ningun descargo daba de su delito; efectivamente, Aladino no atinaba el motivo de la desaparicion de su palacio, y por consecuencia no podia dar otros descargos de que él estaba ignorante de todo.

Entregado Aladino al brazo del verdugo, este le quitó una cadena que llevaba al cuello, y haciéndole arrodillar, le vendó los ojos, desenvainó su alfange y se dispuso á descargar el terrible golpe en el instante que el sultan le diese la señal.

Como el pueblo amaba tanto á Aladino por su carácter amable, generoso y limosnero, se alborotó al saber su sentencia de muerte, y asaltó el palacio del emperador pidiendo su indulto; este no pudo menos de concedérsele mandando que le sacasen de la ciudad, de donde le desterraba para siempre. Arrojado Aladino de la córte, se retiró de la presencia del emperador sumamente abatido. Al atravesar las antesalas y los patios no se atrevia á levantar los ojos del suelo, segun lo avergonzado que se hallaba. Los palaciegos, á quienes habia servido en diferentes ocasiones, ahora le huian volviéndole las espaldas, y desdeñaban aun dirigirle una mirada de compasion. Cuando estuvo fuera del palacio principió Aladino á recorrer las calles como loco, preguntando de puerta en puerta si alguien sabia qué habia sido de su palacio, qué de la princesa Badralbuldur; pero nadie satisfacia sus deseos, y todos se burlaban de sus preguntas creyendo que Aladino habia perdido el juicio. Tres dias anduvo recorriendo la ciudad, manteniéndose de lo que las gentes sensatas, movidas á compasion, querian suministrarle.

La situacion de Aladino podia durar muy poco, y así hubo de abandonar la ciudad, saliendo al campo sin saber á donde dirigirse. Anduvo errante algunas horas, y al anochecer llegó á la orilla de un rio. Detuvo sus pasos y estuvo algunos instantes fluctuando entre el desesperado pensamiento de poner fin á su existencia y el deseo de volver á ver á su adorada esposa. Venció al fin su corazon el criminal intento, y puso sus pies sobre la márgen del rio; pero como fiel creyente quiso orar antes de acabar su vida. Se acercó á la orilla para lavarse las manos y el rostro, segun la costumbre de su pais, y como el terreno estaba en declive y muy resbaladizo, rodó hácia el agua; pero afortuna-

damente pudo agarrarse á un peñasco que sobresalia y libertó su vida. Esto fué para él un aviso del cielo, que conmoviendo su corazon le hizo arrepentir del atentado que iba á cometer.

Se sentó á orillas del peñasco, llorando su desgracia y la pérdida de su amada esposa; pero acordándose que aun conservaba en su dedo el anillo que le habia dado el mago al entrar en el subterráneo, juzgó que le serviria en aquella ocasion como lo habia hecho otras veces; confiado en esto, le rozó contra la peña, y en el momento apareció un génio de fea y gigantesca figura, que le dijo: ¿Qué me mandas? Aquí estoy para obedecerte. Aladino le contestó: te mando que vuelvas á colocar mi palacio en el mismo sitio en donde se hallaba; á lo que replicó el génio: eso no puedo hacerlo yo, pues corresponde á los esclavos de la lámpara maravillosa; pues entonces, replicó Aladino, condúceme á la presencia de mi amada esposa: el génio obedeció, y á los pocos instantes se halló Aladino en el Africa en medio de una deliciosa pradera, teniendo ante su vista su magnífico palacio, que reconoció muy bien. Como muy á deshora y en todo aquel recinto reinaba el mas profundo sosiego, Aladino se retiró al pié de un árbol, no queriendo en aquel momento llamar á las puertas por no interrumpir el sueño de su esposa. Cavilando en los acontecimientos porque habia pasado, y alhagado por el dulce pensamiento de hallarse tan cerca de su adorada, rendido al fin por el cansancio despues de seis dias que no dormia, se entregó al sueño en el mismo sitio en que se hallaba. El gorgeo de los pájaros le despertó al despuntar la aurora. Fijó su vista lleno de regocijo en el portentoso palacio, se levantó y se acercó al aposento de la princesa. Principió á pasearse debajo de las ventanas, y reflexionando en cuál pudiera ser la causa del infortunio que iba esperimentando, creyó que no podia ser otra sino el haber perdido su lámpara maravillosa.

Desde que habia sido trasladada al Africa la princesa Badrabuldur, madrugaba mucho mas de lo que antes era su costumbre, viéndose precisada á recibir las visitas del mago africano, el cual, aunque dueño del palácio, no se habia atrevido á hospedarse de pronto en él por no desagradar á la princesa, que siempre le trataba con la mayor aspereza.

En aquel dia una de las doncellas que la vistieron, acercándose á una celosía, descubrió á Aladino, y llena de gozo se lo participa á su señora. Esta, no pudiendo dar crédito á tan inesperada nueva, corre á la ventana y nada vé, porque ya las puertas del palacio se habian abierto y Aladino subia impaciente las escaleras.

Llegó Aladino al salon de su palacio de las veinte y cuatro ventanas: á poco rato entró en él la princesa Badrabuldur, y reconociendo á su esposo á quien jamás pensó volver á ver, le abrazó cariñosamente dándose repetidas enhorabuenas. Pasados los primeros momentos de júbilo, se contaron mútuamente los dos esposos lo que les habia ocurrido durante su separacion, no omitiendo ninguno de sus pormenores. Aladino preguntó á la princesa si sabia dónde tenia la lámpara el africano, á lo que le contestó que siempre la llevaba en el seno, pues todos los dias se la enseñaba para aumentar sus tormentos y patentizarla su triunfo. ¿Y cómo os trata ese hombre pérfido? prosiguió Aladino. La princesa le contestó: Todos los dias viene una vez á verme, y creo que no me importuna mas á causa del poco fruto que saca de sus visitas. En ellas no me habla mas que de vuestra separacion, queriéndome persuadir á que os falte á mi fé y le tome á él por esposo; me dice que habeis muerto, habiéndoos mandado degollar el emperador mi padre. Mi constante respuesta son quejas y amargo llanto, con lo cual se retira de mi lado mucho mas desconsolado que cuando vino. El sin duda espera que porfiando un dia y otro dia llegará por fin á lograr sus deseos, y en último caso recurrirá á la violencia; pero este temor ya en mí se ha desvanecido con vuestra presencia.

Princesa adorada, repuso Aladino, en efecto podeis confiar teniéndome á vuestro lado, que todos sus diabólicos planes se habrán desbaratado: creo que pronto podremos vernos libres de vuestro enemigo y el mio. Ahora es preciso que yo vaya á la ciudad: cuando vuelva os comunicaré mi proyecto.

Salió, pues, Aladino y dirigiéndose á la casa de un droguero muy afamado, le pidió unos ciertos polvos, que el mercader se negó á venderle, diciéndole con aire sospechoso: Eso que me pedís, quien quiera que seais, yo no lo puedo vender sin la competente licencia; y dad gracias á que habeis dado con uno de los mercaderes mas honrados del barrio, porque si no vuestra demanda podria costaros demasiado cara. Otras muchas contestaciones mediaron entre el mercader y Aladino; pero al fin, como el interés vence las mayores dificultades, logró el príncipe su deseo, dando al mercader una crecida suma de dinero.

Volvió Aladino á su palacio y dijo á la princesa: es preciso que hoy mismo cuando venga el mago á visitarte, le muestres el mayor agrado, y aparentes acceder á sus deseos respecto á que te ama con tanto delirio; para hacérselo creer, le convidarás á cenar, y le pondrás en la copa en que beba estos polvos, que desliarás en el vino que contenga; cuidado no cambies las copas, pues

morirías irremisiblemente. Hechas todas estas advertencias salió Aladino de la habitacion de la princesa y se escondió en otra para observar lo que sucedia con el mago africano: este llegó segun tenia costumbre, y la princesa lo recibió no solo con agrado, sino aparentando amor; le mandó sentar á su lado, y despues de mil cariñosas demostraciones, le suplicó se dignára acompañarla á cenar: el mago, ardiendo en deseos de amor, accedió á lo que pedia la princesa, calculando que despues de la cena coronaria el triunfo de su deseo. Sentados á la mesa, principiaron á comer de los diferentes manjares que les presentaban las sirvientas. La princesa tomó su copa y brindó por el Dios de amor, á cuyo brindis correspondió el mago apurando el licor que contenia la suya. No se habian pasado cinco minutos desde el brindis, cuando el mago principió á rechinar los dientes, hacer visages con los ojos ya desencajados, y á estar poseido de las mas violentas convulsiones, cayendo por último muerto sobre la alfombra: entonces avisó una doncella á Aladino, que entró precipitadamente en la habitacion. Su primer objeto fué registrar el seno del muerto, en el que halló sin dificultad la anhelada lámpara maravillosa. Mandó arrojar al mago á un foso, y él se puso á cenar con la princesa; concluida la cena, y mientras la princesa se desnudaba, Aladino pasó á otro retrete, y frotando la lámpara, se le apareció el mismo génio que ya habia visto otras veces. Aladino le mandó que inmediatamente trasladase el palacio á la capital de la China, colocándole en el mismo sitio en que habia sido edificado: el génio desapareció ofreciendo con ademan respetuoso la obediencia.

Satisfecho Aladino de la obediencia del génio, se acostó tranquilamente con la princesa, seguro de que á los pocos instantes se hallarian trasportados al Asia. Los dos esposos se felicitaban mútuamente de hallarse reunidos y daban gracias al eterno Hacedor por haberles deparado aquella ventura. La princesa suplicó á Aladino la manifestase la causa de tantos prodigios; pues como ella estaba ignorante de todo, no podia atinar de qué emanaban los asombrosos encantos que habia presenciado. Aladino complació á su esposa relacionándola cuanto le habia ocurrido desde la niñez, no omitiendo el casual encuentro con el mago africano; lo que le sucedió en el subterráneo donde estaba la lámpara maravillosa; sus jardines, frutas y riqueza, con todo lo demas que vió en aquella prodigiosa caverna de la que no hubiera salido jamás sin la virtud del anillo que le habia entregado el mago. En seguida la relacionó cómo se habia enamorado de ella en el baño, y los medios de que se habia valido para frustrar el matrimonio con el hijo del gran visir; y por último, la contó todos sus pesares desde el momen-

to en que habia sido preso por el emperador, hasta que habia alcanzado la dicha de volverla á ver. La princesa, por su parte, relacionó á Aladino los grandes disgustos que habia pasado desde que se habia separado de él; el sumo horror que le inspiraba el mago africano con sus fastidiosas y continuas gestiones para alcanzar su amor; y le aseguró, por último, que no viviria tranquila en el ínterin no volviese á la China al lado de su padre el emperador. Antes de que llegue el dia quedará satisfecho tu deseo, contestó Aladino á la princesa; y puedo asegurarte que en este mismo instante nos hallarémos yá con nuestro palacio en la gran capital de la China. La princesa, alborozada con tan agradable nueva, saltó de la cama, y corrió á un balcon á cerciorarse si su esposo la decia verdad. ¡Cuál fué su asombro cuando al abrirle lo primero que se ofreció á su vista fué el soberbio alcázar de su padre! Estasiada en contemplarle, permaneció al balcon hasta el amanecer que se retiró á vestirse y esperar la impresion que haria la reaparicion del palacio de Aladino.

El emperador, consumido por la tristeza desde la desaparicion de su hija y el palacio de Aladino, tenia de costumbre levantarse muy temprano y ponerse á contemplar desde un balcon el sitio en que se hallaba el palacio de su hija; una mañana que quiso practicar esta operacion, se halló sorprendido con la agradable vista del soberbio edificio que habia reaparecido: inmediatamente se dirigió á él, y tuvo el placer de ver que era el mismo, el mismísimo que habia edificado Aladino para hospedar á su esposa la princesa Badrabuldur. La princesa y Aladino, que ya calculaban la impresion que causaria á su padre la reaparicion del palacio, salieron á su encuentro y le abrazaron cariñosamente, contándole todo cuanto les habia ocurrido. El emperador mandó hacer grandes rogativas y funciones por este fausto suceso, que el pueblo entero celebró con alegría por lo mucho que amaba á Aladino.

Un hermano menor del mago africano, que tambien poseia la nigromancia, averiguó por su cuadrante geomántico que Aladino habia envenenado á su hermano; y deseoso de vengar su muerte, se dirigió á la China, en donde esperaba poder llevar á cabo sus proyectos; llegado á ella, se informó que una eremita llamada Fatima pasaba la plaza de santa por los milagros que hacia: se dirigió á la ermita, y como Fatima no recelase de nadie, abrió la puerta y dió entrada al estrangero, juzgando vendria á pedirla algun consejo ó auxilio en sus aflicciones. El africano la cogió por el pescuezo y la ahogó inmediatamente; en seguida se puso sus hábitos y velo, y así disfrazado llegó hasta el palacio de Aladino. Las gentes corrian entusiasmadas tras la fingida santa besándola el manto; y co-

mo todo esto lo viese la princesa desde los balcones de su palacio, mandó á uno de sus sirvientes que bajára, y que en su nombre suplicára á la santa se dignára subir á su habitacion. Tan luego como el mago escuchó la súplica, subió al salon de las veinte y cuatro ventanas, en que le esperaba la princesa, y postrado á sus piés la dió con aparente modestia las mas espresivas gracias por el favor que le dispensaba. La princesa le mandó levantar, pero la fingida santa continuaba de rodillas, con los ojos fijos en el techo del gran salon. La princesa, observándola en aquel éxtasis, la preguntó qué era lo que la llamaba la atencion; á lo que contestó la fingida eremita: Señora, estoy contemplando que á esta magnífica sala, para ser la mas bien acabada que tiene el mundo, la falta que en el centro de la techumbre tenga colgado un huevo de ave grandiosa que se llama roc. En este momento entró Aladino y le manifestó la princesa lo que la santa decia, suplicándole mandase buscar aquel hermoso huevo para colocarle en donde la santa indicaba. Aladino se retiró á su aposento, y tomando la lámpara maravillosa, la restregó fuertemente, apareciendo en seguida el génio de siempre. ¿Qué me mandas? le dijo el génio con ademan fiero. Aladino le contestó con firmeza: Te mando que inmediatamente traigas el huevo del águila roc, y le cuelgues en el centro del techo del salon de las veinte y cuatro ventanas. El génio dió un rugido espantoso, y se escuchó un estruendo que hizo retemblar el palacio. No puedo complacerte, ingrato, respondió el génio. ¿Quieres que yo mismo cuelgue á mi dueño y señor? Si así lo hiciera, dentro de breves instantes se desplomaria este edificio y te quedarias sepultado en sus ruinas. Aladino dió contraórden al génio, y dirigiéndose á la habitacion donde estaba la princesa, dió muerte á la fingida santa, á quien el génio le habia hecho conocer como hermano del mago africano.

El hermano del mago africano habia abandonado su pais y venido á la China con el objeto de vengar su muerte; y por su cuadrante geomántico habia podido averiguar que el huevo del roc era el nudo gordiano del encanto que tantos prodigios hacia surtir á la lámpara maravillosa. Por relacion de su hermano y por sus cábalas nigrománticas, sabia, á no dudar, que colgado dicho huevo en cualesquiera de los edificios fabricados por virtud de la lámpara maravillosa, vendria abajo, quedando sepultados en sus ruinas cuantos habitantes contuviese en su centro: esta averiguacion le obligó á buscar un recurso por todos los medios posibles para introducirse en el palacio de Aladino é inspirar á la princesa un ardiente deseo de poseer el huevo del roc: llegado á la China, y habiendo averiguado la gran nota de santa

que tenia Fatima, corrió en su busca, y logrando sorprenderla, la dió muerte, como llevamos indicado: se vistió con sus hábitos y salió á la calle, segun va manifestado, y logrando llamar la atencion de la princesa, alcanzó que esta le llamase, inspirándola un gran deseo de poseer el huevo del roc para colgarle en el centro de la habitacion de las veinte y cuatro ventanas; no dudando que verificado esto, quedaria vengada la muerte de su hermano el mago, envenenado por Aladino. Afortunadamente, quedaron frustradas sus esperanzas, pues el génio esclavo de la lámpara no quiso colgar á su señor, trasformado en huevo de roc hacia muchos siglos, cuyo encantamiento se lo reveló á Aladino al tiempo de manifestarle el que no podia complacerle en traerle el huevo que pedia. Con la muerte de los dos hermanos qu Aladino tranquilo y satisfecho, pues estaba seguro que ning otro poseia el secreto que á tan grande altura le habia coloc y por consecuencia, se entregó á sus antiguos placeres, sin darse jamás de hacer todo el bien posible á los pobres y am con delirio á su esposa. En esta vida feliz pasó algunos meses, hasta que la suerte veleidosa le proporcionó un pesar, cubierto con el brillante esplendor de una corona. El emperador de la China cayó enfermo de gravedad, y como no tuviese mas hijos que á la princesa esposa de Aladino, la dejó por heredera del imperio, para que gobernára en union de su esposo. A los pocos de enfermedad sucumbió el emperador, y fué proclamad ratriz la princesa Badrabuldur. El pueblo, que amaba á Aladino como á su bienhechor, abrazó su dominacion imperial con el mayor entusiasmo, y en toda la China se hicieron los mas solemnes festejos por el advenimiento al trono de este felicísimo matrimonio. Muchos años reinó Aladino y su esposa en el imperio de la China. y todos sus vasallos quedaron demasiado satisfechos de su bondad, de su justicia, de su humanidad y de su modestia. De este modo supo Aladino agradecer los dones del cielo; de este modo enseñar á los príncipes los deberes que tienen con sus súbditos, las obligaciones que tienen que cumplir, como imágenes del Eterno en la tierra. Si por medio de la nigromancia llegó Aladino al colmo del poder y de la dicha, por efecto solo de su gran corazon alcanzó ser un modelo digno de imitacion y un príncipe adorado de un pueblo de cien millones de almas.

FIN.